

## EL ECUADOR Y AMERICA

Es éste un país reducido de territorio, que en los mapas de América ocupa un sitio insignificante; un país cuya población total apenas sobrepasa de los cinco millones. Y es ésta una ciudad pequeña de trescientos o cuatrocientos mil habitantes, desprovista de avenidas suntuosas, de altos edificios, de grandes hoteles y de comodidades que da la riqueza económica. Un pequeño país y una pequeña ciudad. Pero este país fue, en el lejano cuento de la historia, cuna de razas heroicas e indomables. Aquí vivieron los caranquis, los quitus, los puruháes, los cañaris, los paltas, los huancavilcas; y esos hombres, luego de una lucha homérica contra las huestes disciplinadas de los grandes Incas, Túpac Yupanqui y Huaynacápac, cuando no pudieron vencer en las batallas, porque eso era imposible, triunfaron por el amor porque el Gran Inca unió su sangre con la de una princesa de Quito, y fue fruto de su amor Atahualpa, quien recogió para este país los laureles del pasado. Esta tierra fue luego, en los largos siglos coloniales, la Audiencia de Quito,

y, más tarde, cumplida la gesta de la Independencia, fue Colombia creada por Bolívar, y hoy Ecuador, pequeño girón en los mapas de América del Sur.

Estos cinco millones de hombres de hoy descenden de aquellas tribus aborígenes, de dulces y extrañas denominaciones y de los hombres que vinieron de España a conquistar tierras, para mayor gloria de Dios y mayor poderío del Rey; pero que en verdad vinieron a ofrendar en los altares de nieve de América y en las naves de sus valles, los tesoros de la raza española: el idioma, la religión, el valor, y la rebelde, altiva e indomable voluntad de dignidad y de libertad.

Y como el hoy no es sino una etapa del ayer, un estar transitorio de un proceso en marcha continua, una onda del río del tiempo, de tal manera que pudiera decirse que todo ser y toda vida tienen la profundidad infinita del pasado y la profundidad sin medida del futuro, puesto que es así, po-

demos afirmar que el pueblo de la Patria, es el pueblo de esa raza de piel oscura y de vitalidad pujante que, en el umbral de la historia, creó un sistema social, económico y jurídico, cabal y único, que no ha sido superado por los de otros países de más allá de los mares; es el pueblo que en la Colonia aprendió las lecciones de España, en religión, en arte, en sabiduría, en afán de libertad; que cumplió las dos hazañas máximas del heroísmo humano con Francisco Pizarro y con Francisco de Orellana, el descubridor del Río Mar, el Río de Quito, el Amazonas; que, en fin, construyó ciudades, y en las ciudades, templos maravillosos para guardar en ellos el tesoro de su religión y de su espíritu.

Estos hombres de hoy son, en verdad, Rumiñahui, el indio que incendió Quito para que el conquistador no encontrara sino ruinas y se retiró solitario y soberbio a morir en las quiebras de los montes; es Mariana de Jesús, flor de santidad y de hermosura; es Francisco de Santa Cruz y Espejo, el indio de sabiduría enciclopédica, precursor de la libertad de este Continente; es Rocafuerte, el más civiliza-

do y clarividente de los gobernantes de su tiempo; es García Moreno, el constructor de voluntad férrea y de implacable corazón; es Alfaro, espada y antorcha de la Libertad, cuya vida y cuya muerte son paradigma y ejemplo de epopeya. Y es Montalvo, voz rebelde y soberbia de la Patria, cuya prosa no ha sido superada; y es González Suárez, el sacerdote que pudo decir, que no se debe sacrificar la Patria para salvar la Religión, y que, si el Ecuador desaparece, debe desaparecer en los campos de batalla y no envuelto en los hilos diplomáticos. Y son los pensadores, los poetas, los artistas, los maestros y, por encima de todos ellos, nutriéndolos, estimulándolos, dándoles su aliento y su fuerza, son las generaciones ecuatorianas que levantaron en Quito, la primera pira de la libertad de América, en Agosto de 1809; que por esa libertad combatieron en campos y ciudades, y a quienes no pudo dominar por mucho tiempo ningún caudillo ni tirano, porque este pueblo tiene en su sangre y en su espíritu la pasión de la libertad y la justicia, y porque nunca vendió su primogenitura de nobleza por ningún precio.

La gloria y la lumbré del pensamiento y de la acción de nuestros hombres pertenecen a esta Patria grande, a esta comunidad de naciones que son América, España y Portugal. Es semejante la sangre que corre por nuestras arterias, y es semejante el espíritu que enciende nuestras mentes. Hablamos la lengua que nació como milagro prodigioso en las gargantas de los hombres de Castilla, y que fue pulida por Alfonso el Sabio, Cervantes, Teresa de Jesús, Nebrija y los Luises de León y de Granada.

Y hay en nosotros y en los hombres de España, la misma vocación de solidaridad, la misma pesadumbre e insatisfacción de lo terreno, igual afán apasionado por horadar los muros de lo visible y transitorio, y penetrar con nuestra angustia y con nuestro grito, en el arcano misterioso de Dios. Todos tenemos, así mismo, el ímpetu quijotesco y generoso de las grandes proezas, y quisiéramos salir por los campos del mundo en busca de aventuras, de injusticias que reparar y de cautivos que redimir. Y todos podemos repetir con Unamuno, ese grande de España, pensador, escritor y apóstol de

alma mística, comparable sólo a Teresa la Grande, a San Juan de la Cruz o a Juan Eusebio Nieremberg, bien podemos, digo, repetir con él estas frases suyas: "Mira, Señor, que el día en que tu siervo Sancho cure de su locura, se morirá, y al morir él, se morirá su España, tu España, Señor. Fundaste este tu pueblo, el pueblo de tus siervos Don Quijote y Sancho, sobre la fe en la inmortalidad personal; mira, Señor, que esa es nuestra razón de vida y es nuestro destino entre los pueblos, el de hacer que esa nuestra verdad del corazón alumbre las mentes contra todas las tinieblas de la lógica y del raciocinio, y consuele los corazones de los condenados al sueño de la vida".

Locura quijotesca, para arremeter contra injusticias, mentiras y maldades; arrogancia estoica y noble que no se humilla ante la riqueza, la fuerza ni la misma muerte; individualidad poderosa que hace del hombre el centro del mundo y que se siente capaz de subyugarlo y someterlo; fe en una misión ecuménica; y, junto al orgullo, una profunda y auténtica humildad de alma que busca el centro de su destino. Estos son los atributos y las esen-

cias de los hombres de España y Portugal, de México y de Chile, de Uruguay y del Brasil. Y, por estas esencias, por esta savia que alimenta los espíritus de doscientos millones de hombres que habitan tan diversas tierras, tenemos derecho de hablar de una comunidad de naciones, cuyo pasado es patrimonio y gloria de todos y cuyo porvenir está confiado a cada uno de nosotros. Es posible que, en el camino hacia ese porvenir, los hombres iberoamericanos seamos los portatandartes de los ideales que buscan afanosamente los demás en esta hora sombría de contradicciones y agonías.

Esta Patria y esta ciudad de Quito, han vivido con honra en la historia, durante medio milenio, y aspiran a un porvenir tan glorioso y tan alto como su pasado. Por eso son, así mismo, nuestros, del Ecuador y de Quito, los hombres y las acciones de otras Patrias. Nuestro el pensamiento de España, en su Siglo de Oro; nuestras las proezas de Cortés y de Pizarro; nuestro Artigas, Sarmiento, San Martín, O'Higgins, Nariño, Juárez, Rodó, y nuestro, por encima de todos ellos, Bolívar, el más puro símbolo de España y

de América; el señor de las batallas; creador de pueblos; maestro de derecho, de política, de filosofía; apóstol de la libertad, cuya voz resuena aún en nuestras almas y cuyo brazo levantado señala a nuestros pueblos las rutas de su porvenir. No es de Venezuela Bolívar, ni de Colombia, ni del Perú, es de América: es su héroe, su símbolo y su genio máximo.

En España y América hay la conciencia de esta unidad de espíritu y de cultura, y hay, además, conciencia de que nuestros pueblos tienen que cumplir juntos una misión en lo futuro. Nuevamente el Quijote adormecido que llevamos dentro, volverá, algún día, a vestir sus armas de caballero y a empuñar la lanza para salir, otra vez, por los caminos del mundo a imponer la libertad y la justicia, a decir palabras de sabiduría y de pasión creadora, a castigar a tantos malandrines que andan sueltos con disfraz de señorío, y a tantos bachilleres que con sutilezas, argucias y mentiras, pretenden convencernos de que el humeante tazón de sus ideas, agresivas y mezquinas, es la estrella de Belén de la esperanza.